CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

# LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSE GARCIA DE SOLIS.

EL PRIMER GIRON.

8 rs.

N.° 127.

MADRID:

Libreria de la Viuda é hijos de D. José Cuesta, Carretas, número 9.

Librería de Moya y Plaza, sucesores de Matute, Carretas, n.° 8.

SALAMANCA: ESTAB. TIP. DEL HOSPICIO.

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL

## DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vívar.
La india.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó Los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La pasion.
El hijo del Ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesorero del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

## COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las indias en la Córte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los Ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó La casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco.
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.

v. 17 #18

# EL PRIMER GIRON,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

## DON JUAN DE ARIZA.

Representado por primera vez con gran éxito en el Teatro Español, el 24 de Diciembre de 1850.

N.º 127.

SALAMANCA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.

1868.

800.82
Sp34
v.17 n.18

EXCMO. SEÑOR

# D. MARIANO TELLEZ DE GIRON,

DUQUE DE OSUNA Y DEL INFANTADO, CONDE DUQUE DE BENAVENTE, ETC., ETC., ETC.

*La dedicatoria de* EL PRIMER GIRON *corresponde de justicia á quien lleva tan ilustre apellido: y me es sumamente satisfactorio ofrecer á V. esta leve muestra de mi consideracion y aprecio.*

Juan de Arizá.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elprimergirondra00ariz

Esta obra es propiedad de DON JOSE GARCIA DE SOLIS, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| DOÑA SANCHA, *infanta de Castilla*.. . . . . | D.ª Teodora Lamadrid. |
| EL CONDE DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON. . . . . : . | D. José Valero. |
| EL REY DON ALONSO VI. . | D. Jose Calvo. |
| EL CONDE DON GUTIERRE. . | D. Antonio Pizarroso. |
| HERNANDO. . . . . | D. Manuel Osorio. |
| FORTUN. . . . . | D. Lázaro Perez. |

DAMAS, PRELADOS, RICOS-HOMBRES, CABALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

La escena en el Alcázar de Toledo. Epoca 1102.

# ACTO PRIMERO.

Salon régio con tres grandes puertas en el foro, dos colaterales, y una secreta á la derecha En primer término, y á la izquierda, un trono; á la derecha un estrado de una sola grada y un sillon. Las puertas del foro aparecen cerradas.

## ESCENA PRIMERA.

HERNANDO.—FORTUN.

FORTUN. Gracias á Dios que tenemos
la dicha de ver al paje
del buen conde don Rodrigo,
que, si murió, en paz descanse;
y si vive no le den
mal trato los musulmanes.
Cómo por acá?

HERNAN. Viniendo.
A don Rodrigo, años hace,
concedió el rey de Castilla
don Alfonso para honrarle,
que su primer escudero
perpétuamente gozase
los fueros y preeminencias
del paje del rey. Tan grande
honor recayó en Hernando;
y ya que solo Dios sabe
el paradero del conde:
ya que todos mis afanes,
para averiguarlo han sido
estériles: ya que en valde

he preguntado por él
á la tierra y á los árabes,
vengo á servir á su alteza
con mi espada y con mi sangre.

FORTUN. Bien pensado.

HERNAN. Mas Fortun,
cómo en empolvado traje
del alcázar de Toledo
cruza las cámaras reales?

FORTUN. Aquí el conde don Gutierre,
señor de ilustre linaje
y privado del monarca,
habita, dos años hace
que vivo á su sombra, acabo
de hacer un largo viaje
en su servicio, y deseo
hablar con él cuanto antes.

HERNAN. Pues quitese todo el polvo
el buen Fortun, si le place,
y espere al conde...

FORTUN. Prefiero
por el alcázar buscarle.

HERNAN. Límpiese el polvo...

FORTUN. Despues.

HERNAN. Tan urgente es el mensaje?

FORTUN. No; pero soy eficaz.

HERNAN. Honor á los eficaces.

FORTUN. A Hernando guarden los cielos.

HERNAN. A Fortun los cielos guarden.

## ESCENA II.

HERNANDO.

Tal para cual, don Gutierre
para Fortun: los dos traen
seguramente entre manos
algunos traidores planes.
Pues como yo dé con ellos,
puede ser que no se escapen
sin su merecido. Gracias
á Dios que pude librarme
de su presencia. Temí
que mi consejo tomase
y esperara al conde; pero,
aconsejando á truanes,

lo que debieran hacer
es preciso aconsejarles;
pues no toman el consejo
temiendo que los engañen.
Estoy inquieto. Las horas
pasan, se va haciendo tarde,
y temo que al fin le cierren
el paso de esos umbrales.
No me falta corazon;
ánimo tengo bastante
para lidiar y vencer
ó morir; pero es tan grave
la situacion, que reclama
poderosos auxiliares:
y con su brazo, su acero
y su corazon, á nadie
mas necesito. A esa puerta
llaman. El es. Señor?

RODRIG. (Desde dentro).
Abre.

## ESCENA III.

HERNANDO.—DON RODRIGO armado de todas armas y con la visera calada.

RODRIG Hernando.
HERNAN. Don...
RODRIG. Calla. Dí
hablaste con ella?
HERNAN. No.
RODRIG. Cuándo hablarás?
HERNAN. Qué se yó!
RODRIG. Pero la habrás visto?
HERNAN. Sí.
RODRIG. Llora en secreto?
HERNAN. Tal vez.
Mas la pone su quebranto,
en el corazon el llanto,
y en la frente la altivez.
RODRIG. Está muy hermosa?
HERNAN. Mucho.
RODRIG. Siempre hermosa!
HERNAN. Siempre amante.
RODRIG. Quisiera verla un instante.
HERNAN. Ahora es imposible.

RODRIG. Lucho
por vencer el corazon,
y el corazon se rebela
poderoso.
HERNAN. Mas cautela
aconseja la razon.
RODRIG. Lo sé y hallarás en mí
ánimo firme y valente...
HERNAN. Silencio, que llega gente.
RODRIG. En dónde me oculto?
HERNAN. Aquí
(Ocultándolo tras las cortinas del trono).

## ESCENA IV.

HERNANDO.—FORTUN

FURTUN. No hallo á don Gutierre...
HERNAN. Mala
suerte teneis. En rigor
ya os dije que es lo mejor
esperarlo en esta sala.
FORTUN. Preciso será.
HERNAN. Acertado
debiérais decir. En dónde,
mejor que aquí, ver al conde
podreis? aunque anda ocupado.
FORTUN. Anda ocupado?
HERNAN. Y no mal;
pues gozando los favores
del rey, si gana en honores
tampoco pierde en caudal.
FORTUN. Contadme.
HERNAN. Larga es la historia...
y me sorprende infinito
que del Conde el favorito...
FORTUN. Tengo tan mala memoria!
HERNAN. Pues, Fortun, os aconsejo
que al Conde le pregunteis.
FORTUN. Pero.
HERNAN. Fortuna teneis,
Fortun. Don Gutierre: os dejo.

## ESCENA V.

FORTUN.—DON GUTIERRE.

GUTIER. Gracias á Dios.
FORTUN. He tardado?
GUTIER. Mucho.
FORTUN. Tardé mucho?
GUTIER. Sí.
FORTUN. Mas fácil hablar aqui
es que obrar en donde he estado.
GUTIER. Fortun así, vive Dios!
á don Gutierre responde?
FORTUN. Ya no hay diferencia, Conde
don Gutierre, entre los dos.
GUTIER. (Llevando la mano al puñal).
Eso mas!
FORTUN. Tenga la mano
el Conde; porque si grito
veré al audaz favorito
convertirse en un gusano.
GUTIER. Silencio.
FORTUN. Bien está. Punto
en boca.
GUTIER. Saber quiero
como has cumplido...
FORTUN. Primero
arreglemos otro asunto.
GUTIER. Cuál?
FORTUN. Cuál? Esa diferencia
de condicion y fortuna
entre vos y yo.
GUTIER. Ninguna
quieres tú, Fortun!
FORTUN. Prudencia.
Una debe existir.
GUTIER. Cuál?
Respóndeme pronto.
FORTUN. Bravo!
En público vuestro esclavo
seré, á solas vuestro igual.
GUTIER. Jamás! Tu presuncion loca
quiere levantar su vuelo...
FORTUN. Conde, del poder al cielo,
que está mirando y no toca.

GUTIER. Quieres el poder?
FORTUN. Hoy no.
Soy ambicioso, no vano:
conozco que aun es temprano.
GUTIER. Y quién te elevará?
FORTUN. Yo.
Y vos... Porque ese poder
que tanto orgullo os inspira,
se apoya en una mentira
que puedo desvanecer.
GUTIER. No lo harás.
FORTUN. No lo haré: cierto.
Está contra mi interés.
Pero á su tiempo, despues,
quiero medrar, os lo advierto.
Yo sé que no fuísteis vos
el intrépido vasallo
que al rey prestó su caballo...
GUTIER. Fortun!
FORTUN. Para entre los dos
es esto. Mas tambien sé
que huyendo del enemigo
á todo escape... Esto digo
aquí: al monarca diré
que debe á vuestro ardimiento
el trono, la vida, y mas,
si es necesario.
GUTIER. Tendrás
poder, oro y valimiento.
Seremos iguales...
FORTUN. Nada
mas pretendo ni ambiciono;
y hasta mas cerca del trono
estareis...
GUTIER. Y tu embajada?
FORTUN. Teneis razon. La cumplí.
Don Rodrigo vive...
GUTIER. Ah?..
FORTUN. Pero
del musulman prisionero
quedó...
GUTIER. Es indudable?
FORTUN. Sí.
GUTIER. Cautivo. Con cuanta pena
renegará de su suerte
y hasta llamará á la muerte,
arrastrando su cadena,
mientras yo, sin el rival

odiado cuanto temido,
con don Alonso divido
la pompa del poder real.
Ya realizados mis votos
deja tan egregia pompa.
Que nunca sus hierros rompa
don Rodrigo...

FORTUN. Ya están rotos.

GUTIER. Qué dices?..

FORTUN. Reconocido
fué en el sangriento combate;
le pidieron un rescate
cuantioso...

GUTIER. Y ha conseguido
entregarlo?

FORTUN. Sin tardanza;
y casi afirmaros puedo
que hoy mismo entrará en Toledo.

GUTIER. Adios risueña esperanza!
Fortun, á qué te envié?
No te dije que mi oro
dieras por su vida al moro?
Responde.

FORTUN. Tarde llegué.

GUTIER. Quien de arrogante ambicion
hace poderoso alarde,
me responde «llegué tarde...»
Necio!

FORTUN. No teneis razon.
Mas os perdono la ofensa
sin pena ni sacrificio,
porque un inmenso servicio
pide grande recompensa:
y yo os he servido...

GUTIER. Tú!

FORTUN. Os he servido de un modo
que me lo debereis todo.
Todo, voto á Belcebú!

GUTIER. Habla, qué dudas?

FORTUN. El moro,
que riquezas ambiciona,
don Gutierre, no perdona
vuestro abundante tesoro.
Libre deja á don Rodrigo;
pues su rescate merece
la libertad, y os ofrece
medios de á vuestro enemigo
perder, Conde.

GUTIER. Dónde están?
Dámelos pronto.
FORTUN. No puedo:
pero los traerá á Toledo...
GUTIER. Cuándo?
FORTUN. Hoy mismo, un musulman.
GUTIER. No faltará?
FORTUN. En el camino
queda con resolucion
formal...
GUTIER. Esos medios son?..
FORTUN. Don Gutierre, un pergamino.
En él, el moro avariento
prepara en pró de su ley
y de su fortuna...
GUTIER. El rey!
Déjame solo.
FORTUN. Al momento.

## ESCENA VI.

DON GUTIERRE.—EL REY seguido de algunos pajes y caballeros, que se van retirando por la derecha.

REY. (Tendiéndole la mano).
Don Gutierre.
GUTIER. (Queriendo doblar la rodilla).
Señor.
REY. Alza:
pues jamás postrarse debe
quien la vida de este anciano
supo dilatar valiente.
GUTIER. Señor...
REY. Sé que mis palabras
mucho tu modestia ofenden;
pero fuera ingratitud
mi silencio, don Gutierre.
GUTIER. Premiais un corto servicio,
señor, magníficamente.
REY. Corto servicio! triunfante
el moro, rotas mis huestes,
y sin vida mi caballo,
me cercaban los infieles.
Todos mis pajes vertieron
á mis pies su sangre ardiente,
y sus ojos, en los mios

clavados, cerró la muerte.
Mi sangre se heló: la espada
que alcanzó tantos laureles,
rota en pedazos, saltó
de mi diestra armipotente...
Tuve miedo... De improviso
descubro un audaz ginete,
que cerrados escuadrones,
la espada en la mano, hiende.
Atropella, hiere, mata,
los audaces retroceden.
Llega á mí: de su caballo,
tan blanco como la nieve,
salta, coje mi dalmática,
la rasga, y no se detiene.
Un Giron quedó en sus manos;
mas yo me hallé de repente
sobre su corcel, que á escape
me puso en salvo. Tú eres
el indómito guerrero
de brazo y ánimo fuerte,
que, despreciando la vida,
honra no mas apetece.
Debo premiarte, y no encuentro
justo galardon. Qué quieres?

GUTIER. Debo decirte, señor,
aun á riesgo de ofenderte,
que aminoran mi servicio
tantas y tantas mercedes.
Pronto aquí tus ricos hombres
presenciarán la solemne
entrega de esta ciudad,
cuyo gobierno me ofreces.
Y mañana, en la ancha plaza
verá todo el pueblo alegre,
cómo don Alonso sesto
á su fiel vasallo cede
lugares, que heredarán
sus hijos perpétuamente.

REY. Nada deseas?

GUTIER. Señor,
el hombre ambiciona siempre,
cuando honrado, nuevas honras,
y cuando rico mas bienes.
Yo...

REY. Prosigue.

GUTIER. Rey Alonso,
Deja que en mi pecho encierre

este secreto.

REY. Un amigo
tan poco de tí merece,
que no sabrá tu secreto
por mas que á su amigo ruegue?

GUTIER. Ya te obedezco, señor.
Entre tus joyas posees
una, mucho mas preciosa
que cuantas guarda el oriente...

REY. Esa joya?..

GUTIER. Es doña Sancha.
Bien sé que en valor escede
á cuanto merecer pude...

REY. No; de clara estirpe vienes,
y, por rescatar mi deuda,
aun mas quisiera ofrecerte.

GUTIER. Gracias, gran señor: permite
hoy que arrodillado bese
tus plantas.

REY. Conde, tan pronto
al júbilo no te entregues.
A don Rodrigo su mano
dí ya han pasado seis meses,
y aunque nos llevó al combate
el moro, y aunque sus suertes
no ligaron, es muy justo
que mi palabra respete.

GUTIER. El conde murió.

REY. Es verdad.
Pero no quiso la suerte
que sus despojos mortales
halláramos. Ni aun hacerle
las exequias pude; ni
estampar sobre su frente
un ósculo de paz. Conde,
me figuro algunas veces
que ha de volver.

GUTIER. Imposible,
señor, y la infanta puede
pensar...

REY. Amaba á Rodrigo

GUTIER. Pero.

REY. La hablaré. Elocuente
será mi voz: la instaré...
Mandaré.

GUTIER. Gracias.

REY. Advierte
que es mi joya.

GUTIER. Tu palabra
real me das, señor?
REY. La tienes.
GUTIER. Pero cuándo la hablarás,
gran señor?
REY. Antes que lleguen
á presenciar tu homenaje
cuantos presenciarlo deben.
Marcha á su cámara; ruégala
de mi parte que se acerque
al rey su padre.
GUTIER. Señor.
REY. Aquí la espero: no emplees
mucho tiempo.
GUTIER. El cielo sabe
que cumpliré diligente
tus órdenes, pues en ellas
cuanto anhelo me prometes.

## ESCENA VII.

EL REY.

No dirás, conde, que doy
tus méritos al olvido;
el servicio recibido,
cual rey á pagarte voy.
Las llaves de esta ciudad,
centro de su monarquía,
Alfonso sesto confia
á tu valor y lealtad.
Y no puede mas decoro,
como á caballero, darte;
pues te entrega un baluarte
que tanto codicia el moro.
Con ciudades pagará,
don Gutierre, tu caballo;
y en sus reinos un vasallo
tan rico no se verá.
Tambien casi te levanta
hasta el trono Castellano,
pues vá á poner en tu mano
la real mano de una infanta.
A servicio de alta ley
largamente corresponde:
no dirás que tu rey, conde,
no se porta como rey.

## ESCENA VIII.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—Una dama acompaña á la infanta, y retrocede despues de dejarla con el rey.

SANCHA. Padre y señor.
REY. Hija mia.
Qué galana estás, qué bella!
eres la radiante estrella
que alumbra mi vejez fria.
SANCHA. Tierno, incansable, señor,
en su religioso celo,
disminuirá vuestro duelo
mi puro y filial amor.
Mi cariño delicado
calmará vuestros enojos,
y siempre que abrais los ojos
me hallareis á vuestro lado.
Los afanes mas prolijos
no me cansarán, lo juro,
y hallareis en mi amor puro
el de todos vuestros hijos.
Al noble hermano perdí,
lidiando en edad florida;
yo no os puedo dar su vida,
pero su cariño sí.
Yo quiero dar á los dos
mi corazon en tributo:
para mi hermano mi luto,
mis cuidados para vos.
Tan avezada á llevar
mi traje de luto estoy,
que con estas galas hoy
no me puedo acomodar.
REY. La brillante vestidura
y el rico purpúreo manto
hoy aumentan mi quebranto,
exasperan mi amargura.
El llanto en mis ojos brilla,
y al dejar, triste me aflijo,
el luto que por mi hijo
arrastra toda Castilla.
Pero aunque tan mal nos cuadre
este fausto, al dolor junto,
olviden al hijo un punto
por el salvador del padre.

Tal sacrificio en derecho
á su valor corresponde:
piensen todos en el conde:
mucho en mi favor ha hecho.

SANCHA. Premiadlo, sí: que lo vea
todo á su favor propicio,
y si fué grande el servicio
que mayor el premio sea:
Que diez ciudades ufano
en justo galardon lleve.
Quién pagará como debe
no haciéndolo el soberano?
Que el mundo, admirado, note
tu libertad: Dale
la provincia que él señale,
el real tesoro, mi dote.
Dáselo, señor.

REY. Qué alma!

SANCHA. Y aun merece mayor muestra,
quien conquistó con su diestra
de defenderte la palma.
Ni un momento dudarás
en darle ciudades, oro,
honores... ese tesoro
tan preciado.

REY. Pide mas.

SANCHA. Pues contenta su ambicion,
señor, no estés indeciso:
y cédele si es preciso,
tu corona de Leon.

REY. Pide mas.

SANCHA. Señor, qué mas
puede darle un soberano?

REY. El conde pide tu mano
de esposa.

SANCHA. Padre, jamás!

REY. Aquí solos, sin testigo
alguno rogó, y negársela
fuera...

SANCHA. Yo no puedo dársela.
Mi mano es de don Rodrigo.

REY. El conde pereció.

SANCHA. Es cierto.
Pero, quién lo admiró amante
vivo, por siempre constante
lo honrará despues de muerto.

REY. Y sola con tu dolor
vivirás siempre?

SANCHA. Sin duda.
Quien es de su amor viuda,
no necesita otro amor.
Lágrimas no derramé
por él, pues murió con gloria;
mas del héroe la memoria
con mi constancia honraré.

REY. Su fin ocultó la suerte
con una cautela extraña!

SANCHA. El conde murió en campaña...
murió de gloriosa muerte.
No sé donde el mahometano
fiero abrió su sepultura:
pero sí estoy muy segura
de que murió espada en mano.
Si de tan claro varon
la sombra, para trofeo
necesita un mausoleo,
lo tiene en mi corazon.
Mi altivez y mi arrogancia,
padre y señor, no te asombre,
yo diera mi llanto á un hombre,
doy á un héroe mi constancia.

REY. Un guerrero valeroso
es don Gutierre. Responde:
serás esposa del conde?

SANCHA. No puedo tener esposo.

REY. Y si te lo ruego yo,
qué me responderás?.. Dí.

SANCHA. A mi padre diré: sí.
Diré al sacerdote: no.

REY. Y si el monarca, por ley,
te manda que unas tu suerte
á la del conde?

SANCHA. La muerte
altiva pediré al rey.
Y si, la crueldad por norte,
olvida el paterno amor,
me verá morir.

## ESCENA IX.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—HERNANDO.

HERNAN. Señor,
ya espera toda la córte.

REY. Tambien el rey.
(Se retira Hernando).
Hija mia,
hizo el padre su demanda;
el rey ni ruega, ni manda,
en su cariño confia.

SANCHA. Este es mi padre: este es
quien nunca rompió los lazos
de su cariño.

REY. A mis brazos
ven.

SANCHA. Debo estar á tus piés.

REY. Sobre mi pecho. Levanta,
flor nacarada y gentil.
Vale mil veces y mil
mas que mis reinos mi infanta.

SANCHA. Os amaré, cada vez
mas tierna y agradecida.

REY. Cuánto te quiero, mi vida,
consuelo de mi vejez!
(La infanta se sienta en un estrado y el rey se dirige al trono).

## ESCENA X.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—HERNANDO.—DAMAS, que se coloca n al lado de la INFANTA.—PAJES, que se colocan al lado del REY.—CABALLEROS, que van llenando el foro. Cerca del REY y de la INFANTA se verán algunos prelados.

REY. Ricos-hombres, y prelados,
y caballeros de fama,
á todos su voz dirige
el castellano monarca.
No viene á pediros hoy
hombres, caballos, ni armas,
para resistir con ellos
á las huestes musulmanas;
pero sí ante todos juntos
quiere premiar una hazaña
que libertad le dió y vida
en los campos de la Sagra.
Don Gutierre, ese caudillo
de antiguo solar, de clara
ascendencia, tan probado
en los campos de batalla,
fué el salvador del rey. Pajes.

salid á su encuentro.
(Los pajes del rey se dirigen al foro)

## ESCENA XI.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—DAMAS.—PRELADOS.—CABALLEROS.—PAJES.—DON GUTIERRE.—FORTUN, que trae la lanza de DON GUTIERRE.—DOS PAJES, que traen en dos bandejas la armadura del mismo.—OTROS PAJES mas de su casa.

GUTIER. (Doblando una rodilla ante el rey).
Tantas
mercedes de noble orgullo
á un fiel vasallo embriagan;
mas postrado á vuestros piés
su lealtad prueba.

REY. Levanta,
y en uso de tu derecho;
ocupa la última grada
(El Conde don Gutierre se coloca de pié sobre la última grada del estrado, á la izquierda del Rey).
del trono. En mejores dias
este lugar ocupaba
el buen conde don Rodrigo,
que Dios en su gloria haya.
Fué un valiente caballero,
todos lo saben: su lanza
á los árabes quitó
las joyas mas estimadas;
y aunque muy niño, conmigo
sitió y tomó estas murallas.
Conde lo nombré despues
de esta ciudad y este alcázar,
que defendió largo tiempo
con prodigiosa constancia.
Las llaves que don Rodrigo
guardó, merece guardarlas
un guerrero qué á su rey
ha servido y á su pátria.
Acércate, capitan:
arrodíllate aquí, alza
(El capitan se acerca y se arrodilla, y levanta sobre su cabeza la bandeja).
hasta tu frente las llaves
que tan gran tesoro guardan.
Conde don Gutierre, juras

tener fielmente esta plaza
por el rey?

GUTIER. Si juro.

REY. Conde,
es preciso que hagas
pleito homenaje.

GUTIER. Señor,
pleito homenage hago.

REY. Basta.
Gobernador de Toledo
eres por el rey. La infanta,
los prelados, ricos hombres,
los caballeros y damas,
mis pajes, mis escuderos,
y las gentes de mi guardia
atestigüen lo que doy
y lo que ofreces. Alarga
la mano, coge las llaves
y gobierna esta comarca,
partiendo el poder conmigo.

## ESCENA XII.

DICHOS.—DON RODRIGO, que se presenta con la visera calada, y pone su mano sobre las llaves al ir á tomarlas don Gutierre.

GUTIER. Quién temerario se atreve
á poner mano?

RODRIG. Quien debe.

REY. Quién?

RODRIG. El conde don Rodrigo.
(Don Rodrigo se alza la visera, y ocupa á la derecha del rey el puesto que le corresponde).
(Larga pausa y asombro general).
Quizás, gran señor, no acierto
á servirte. Mas debia
permitir que en vida mia
me despojen como á muerto?
Vasallo sumiso y fiel
soy ante mi soberano:
recíbelas de mi mano,
vayan de tu mano á él.
(Coge la bandeja y la presenta al rey doblando la rodilla).

REY. No, don Rodrigo: con esto
nunca ofenderte creí.
Lágrimas vertió por tí

el rey don Alfonso el Sesto.
Y quien muerto te ha llorado,
viéndote noble y altivo,
prefiere tenerte vivo
á conquistar un Estado.
Don Gutierre, que aquí ves,
me salvó: para premiarle
provincias tengo que darle;
mas lo tuyo tuyo es.

RODRIG. (Devolviendo la bandeja al capitan).
Gracias, gran señor.

REY. Levanta,
valeroso castellano.

RODRIG. Antes besaré tu mano.

REY. Y despues la de la infanta.
(Don Rodrigo besa la mano del rey y despues la de Doña Sancha).
Don Gutierre, mi constante
y poderosa amistad
sabrá honrarte.
(Levantándose).
Despejad.

RODRIG. Gran señor, un solo instante.

REY. Habla.

RODRIG. Poderoso rey,
ricos-hombres y prelados,
capitanes esforzados,
hidalgos de buena ley:
yo! conde gobernador
de esta ciudad, prisionero
fuí del árabe, y espero
de todos un alto honor.
Para el rescate pagar
mis castillos empeñados
están, y nuevos estados
necesito conquistar.
Tiénelos bajo su yugo,
en la mas fértil comarca,
ese agareno monarca
que ha sido nuestro verdugo.
De ganarlos hay mil modos
gloriosos: resuelto estoy,
y por sus estados voy.
Quién vendrá conmigo?..

TODOS. Todos.

RODRIG. Está mi plata agotada,
y con ella mis vasallos:
me faltan armas, caballos,
pero conservo mi espada.

Teneis caballos, arneses
y espadas; no necesito
mas. Para mañana os cito
castellanos y leoneses.
Murió el infante; la lanza
rinda á sus manos tributo:
hoy acaba vuestro luto,
y empieza nuestra venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Cámara del Rey con una gran puerta en el foro y dos colaterales. La puerta del foro aparece cerrada.—Una mesa con tapete y una silla.

## ESCENA PRIMERA.

EL REY.—DOÑA SANCHA.

SANCHA. Te miro alegre, señor,
y al disiparse la sombra
de tu tristeza, mi alma
todo su aliento recobra.
Ya no se abate tu frente
bajo lúgubres memorias;
y de tus ojos miradas
llenas de entusiasmo brotan.
Tu firme paso revela
el vigor de tu persona,
y clarin guerrero vibra
tu voz entera y sonora.
Oh! lo repito; al mirarte
soy sumamente dichosa,
y bendigo á quien en tí
un cambio tan feliz obra.

REY. Bendice á quien á sus lábios
llevó la bélica trompa,
arrancándola sonidos
augurio de la victoria.
Bendice á quien el acero

hizo crugir so las bóvedas
de mi alcázar, poco antes
lúgubres y silenciosas.
Bendice á quien avivando
los impulsos de la honra,
el ropon de luto arranca
y da la guerrera cota.

SANCHA. Yo le bendigo.

REY. Merece
bien tus bendiciones todas,
y tu amor heróico que
vale mas que cien coronas.
Hija, quien ama á Rodrigo,
tienes razon y no poca,
de él debe ser la viuda,
si no puede ser la esposa.

SANCHA. Si, porque no hay caballero
de condicion tan heróica,
ni que tanto comunique
su insaciable sed de gloria.
Todos pensaban ayer
en llorar nuestras derrotas,
ninguno en tomar venganza
terrible, sangrienta y pronta.
Pero llegó el conde: al punto
sus palabras animosas
encendieron los semblantes
ó de vergüenza ó de cólera:
y cuando les pidió hierro,
hierro le dieron mil bocas.

REY. Es verdad.

SANCHA. Ya por las calles
discurren armadas tropas,
y en las moriscas almenas
tus estandartes tremolan.
Ya en las cimeras brillantes
los gallos plumeros tornan
á lucir, y los guerreros
blanden sus viejas tizonas.
Ya los caballos guerreros
sacuden crines y colas,
y con el herrado pié
sacan fuego de las rocas.
Ya, guerra! gritan del Tajo
las enrojecidas ondas,
y tu trono se levanta
otra vez con marcial pompa.
Tú no sabes, padre mio,

cuanto don Rodrigo acosa
á los perezosos, cuánto
á los débiles conforta.
Qué botin al codicioso
promete; cómo amontona
ante sus ojos ciudades,
esclavos, armas y joyas.
Yo su bélico fervor
parto, en mi pecho rebosa
el entusiasmo y quisiera
hacer algo.

REY. Cuán hermosa
estás con ese ardimiento,
enamorada amazona.
Qué quieres hacer? Tu mano
pequeña, blanca sedosa,
quiere teñir una lanza
en la aleve sangre mora?
Capaz eres de pensarlo,
paladin, tanto te enoja
ver sobre nuestras banderas
los estandartes de Córdoba.

SANCHA. No quiero blandir la lanza;
pero en una yegua torda
cabalgando, y en mi diestra
una blanca banderola,
pudiera llevar tus huestes
al combate. De remotas
regiones los paladines
vendrian á darme escolta:
y qué guerrero cristiano
viéndome indefensa, sola,
marchar á los escuadrones
de los hijos de Mahoma
no derramára á mi lado
con gusto su sangre toda?
Quiéres que vaya?

REY. Hija mia,
te admiro; pero estás loca.

SANCHA. No, padre: marchó tu hijo
á defender tu corona
á los diez años.

REY. Y muerto
quedó en el campo. Destrozas
mi corazon recordándome
su martirio.

SANCHA. Por qué lloras?
No quiero partir: contigo

me quedaré muy gustosa,
y juntos aquí sabremos
las mas cumplidas victorias.
Tienes razon, con el conde
don Rodrigo basta y sobra.
Sediento está de venganza
y sabrá tomarla. Ahora
ven conmigo. Recorramos
los patios, y tu voz oigan
esos soldados que esperan
volver cubiertos de gloria.

## ESCENA II.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—HERNANDO.

HERNAN. Señor, pide don Gutierre,
con diligencia no poca,
vénia para tu real cámara
llegar.
REY. Que pase.
(Se vá Hernando).
SANCHA. De cosas
tendrá que hablarte, señor,
graves...
REY. Te comprendo: ahorra
el trabajo de decirme
que su presencia te enoja.
SANCHA. A quien la vida mi padre
debe, respeto.
REY. Mas odias
á quien tuvo la osadía
de pedirte por esposa.
SANCHA. Señor...
REY. Adios, hija amada.
Siempre de mi afecto logra
tu cariño todo cuanto
tu corazon ambiciona.

## ESCENA III.

EL REY.—DON GUTIERRE.

GUTIER. Guárdete el cielo, señor.
REY. Don Gutierre, solo anhelo
que siempre te guarde el cielo,
dándote ayuda y favor.
Ocupado te creí.
Qué el buen conde solicita?
GUTIER. Cuando el rey me necesita
nunca me ocupo de mí.
REY. Sé los quilates que alcanza
la lealtad que en tí destella,
y has merecido por ella
toda mi real confianza.
GUTIER. A no tenerla, mi labio
quedará cerrado, mudo.
Y, aun poseyéndola, dudo
si con mi lealtad te agravio.
REY. Para el silencio romper
á tu corazon altivo
falta valor?
GUTIER. Hay motivo
para dudar y temer.
Cosas suceden, por Dios,
de tan negra villanía
que yo nunca las creeria,
que quizás no creereis vos.
Acciones de tal maldad,
desafueros de tal mengua,
que se resiste mi lengua
á referirlos.
REY. Hablad.
GUTIER. Temo causaros enojos.
Y, aun con mi lealtad por ley,
temo que no dará el rey
crédito á sus mismos ojos.
Crímen tan negro é infando
no sabrá comprender.
REY. Conde,
qué ha sucedido? Responde.
GUTIER. Gran señor...
REY. Yo te lo mando.
Pienso... pero no adivino...

GUTIER. Ya que obedecer me toca,
mucho mejor que mi boca
hablará este pergamino.
(Dándoselo al rey).

REY. (Despues de haberlo leido).
Imposible.

GUTIER. Tal pensé.
Y por lo mismo discreto
quise guardar mi secreto.
Señor, no me equivoqué.

REY. Don Rodrigo, el paladin
mas noble, mas esforzado:
quien tan lejos ha llevado
el castellano confin:
tratar con el moro? No,
no es tan vil, tan insensato.
Conde, es mentira ese trato.

GUTIER. Lo mismo pensaba yo.

REY. Hiciste bien en temer
presentármelo, sí. Mira,
don Gutierre, esto es mentira,
mentira; no puede ser.
Y con todo firma aquí
el rey moro. Mas no puedo
convencerme. A mí Toledo
entregar el conde, á mí!
Fantasmas forjados son
por el rey moro, enemigo
nuestro. Tiene don Rodrigo
muy cristiano corazon.
No lo ves, con noble saña,
raya iracundo de Marte,
levantar nuestro estandarte
para salir á campaña?
Esto prueba su lealtad.

GUTIER. Mas, si abandona los muros,
podrán los moros seguros
acometer la ciudad.

REY. Es cierto.

GUTIER. Y si su caudillo
los entrega maniatados,
bien podrán nuestros soldados
ser pasados á cuchillo.
Y en premio de una traicion,
tan fácil y tan sencilla,
el moro tendrá á Castilla
y don Rodrigo á Leon.

REY. Eso dice el pliego. Quién

se lo trajo?

GUTIER. Un mahometano,
que, con la carta, en mi mano
á un tiempo cayó tambien.

REY. Quiero hablarle.

GUTIER. Le hablarás, señor.

REY. Cuándo?

GUTIER. Muy en breve.
Mas, por prudencia, no debe
presentarse aquí jamás.

REY. Tienes razon. Es preciso
obrar con mucha cautela.

GUTIER. Es cierto; y el tiempo vuela,
y estás, señor, indeciso.

REY. Podré hablarle en tu aposento?

GUTIER. Sí.

REY. Pues vamos sin demora.

GUTIER. Pasado un cuarto de hora,
verás al moro.

REY. Consiento.

GUTIER. Voy á trasladarlo.

REY. No
tardes.

GUTIER. Oh! No tardaré.

REY. Solo á tu cámara iré...
Y callarás como yo.

## ESCENA IV.

EL REY.

Darme tan crudos enojos
quien tanto premié? Imagino
que... Pero este pergamino...
No doy crédito á mis ojos.
Y, sin embargo, es verdad
que vá á infamar su memoria;
que vende al moro su gloria,
que le entrega esta ciudad.
Que, para eterno baldon,
quiere poner imprudente
sobre su traidora frente
mi corona de Leon.
Quiero hablar á don Rodrigo:
quiero en sus ojos leer
la traicion, y quiero ser

de su vergüenza testigo.
Quiero, en sus ojos clavando
mi escrutadora mirada,
turbarlo, y sin decir nada
comprenderlo todo. Hernando.
(Guardándose el pergamino.)

## ESCENA V.

EL REY.—HERNANDO.

HERNAN. Señor.
REY. Paje, en dónde está
don Rodrigo?
HERNAN. Repartiendo
armas, que el marcial estruendo
mucho animándose va.
Y es de ver con cuanto ardor
vuestra nobleza responde
al llamamiento.
REY. Di al conde
que quiero hablarle.
HERNAN. Señor,
cumpliré de vuestra Alteza
las órdenes.
REY. Que no tarde
adviértele; y que ese alarde
marcial deje con presteza.

## ESCENA VI.

EL REY.

Don Rodrigo arma su gente...
Pero ese moro... esta carta?..
Ni un solo instante se aparta
la confusion de mi mente.
Reconocer su inocencia
quiero; y una voz escucho
que me dice «duda» y lucho...
Pero ya viene... Prudencia.

## ESCENA VII.

EL REY.—DON RODRIGO.

RODRIG. Presuroso, gran señor,
acudo á cumplir tus órdenes;
pues siempre en ellas descubro
tus señalados favores.

REY. Desde que, rotas del moro
las durísimas prisiones,
llegaste á Toledo, apenas
he podido hablarte, conde.

RODRIG. Los militares aprestos
toda mi atencion absorven,
y no permiten, señor,
que un solo instante repose.
Llegó mi grito de guerra
á todos los corazones,
y del temor, á la vez,
los pesados gritos rompen.
Acuden á tus banderas
poderosos ricos-hombres,
seguidos de sus vasallos,
y escoltados por sus nobles.
Mis deudos gallardamente
al llamamiento responden,
queriendo probar que son
tus mas fieles servidores;
y acampan todos al pié
de las toledanas torres,
con cuatrocientos ginetes
y mil seiscientos peones.
Si hueste mas numerosa
se agrupó en tiempos mejores
bajo la potente egida
de tus gloriosos pendones;
mas decidida y valiente,
mas en perecer conforme,
ó en tomar venganza, nunca
la vieron estas regiones.
La saña que arde en sus pechos
á mi enojo corresponde,
y alumbrarán nuestras glorias
algunos sangrientos soles.

REY. Don Rodrigo, su ardimiento

no me admira; siempre corren
con entusiasta bravura
á la muerte mis leones.
Pero si son de su sangre
pródigos, si solo oyen
la voz del honor, yo debo
escuchar otros clamores.

RODRIG. No entiendo, señor.

REY. Resuenan
en mis oidos las voces
que en los campos de La Sagra,
entre rudas convulsiones,
lanzaban los moribundos.

RODRIG. Y qué mejor hecatombe
podemos darles, que hundir
en infieles corazones
nuestras espadas? Yo estuve
en La Sagra; sus horrores
presencié.

REY. Pero tú vives.

RODRIG. No sufrió martirio doble
quien arrastró del esclavo
los pesados eslabones?

REY. Sí: mas volviendo á La Sagra...

RODRIG. Dia bien funesto. No tornes
á él la vista.

REY. Yo recuerdo
que en cien campales acciones
te he visto á mi lado siempre:
y en La Sagra anduve torpe
en no verte, ó te ocuparon
mas sagradas atenciones.

RODRIG. En lo recio del combate
es fácil perderse.

REY. Pobre
rey! su antiguo, su fiel paje
de lanza lo dejó. Entonces
estuvo en peligro; pero
Dios á los reyes socorre;
y ánimo puso bastante
en el corazon del hombre
que lo libertó, arrancando
de su vestido girones.
(Con embarazo.)

RODRIG. Me has llamado, señor?..

REY. Para
hablarte (Se turba.) Ponte
en mi lugar, don Rodrigo,

y tendrás penas y goces
al recodar ese dia
de contrarias emociones.

RODRIG. Así es, señor.

REY. (Mas se turba.)
Tú, buen hidalgo, conoces
cuanto sobre un alma hidalga
pesan las obligaciones,
y yo estoy muy obligado
á quien me salvó. Mayores
méritos ningun guerrero
contrajo conmigo. El bote
de su lanza ningun moro
resistió.

RODRIG. Señor, mandobles
formidables debe dar
quien á su príncipe acorre:
y no hay gran mérito en ello;
pues, con la lealtad por norte,
debe anhelar que la muerte
su sacrificio corone.

REY. (Quiere menguar el servicio
de don Gutierre). Traidores
hubo en La Sagra mezclados
á tan ínclitos varones.

RODRIG. Imposible.

REY. Dios lo sabe
y el rey tambien los conoce.

RODRIG. Castigue al traidor el rey.

REY. Lo hará: y colmará de honores
á quien valiente y leal
conquistó nuevos blasones.

## ESCENA VIII.

DON RODRIGO.

Premiarme con franca mano
quiere. Penetró discreto
mi mas recóndito arcano?...
Imposible. El soberano
no conoce mi secreto.
A nadie lo revelé.
Nadie ha podido en mi ausencia
decirle que lo salvé.
Yo solamente lo sé...

Mi premio está en mi conciencia.
Hazañas cuenta el cobarde;
pero quien valor de sobra
tiene, no hace de él alarde:
calla siempre ó cuenta tarde,
y nunca el último obra.
Si en La Sagra brilló en mi
algun rasgo de heroismo,
premio he de buscar aquí?
El premio mas grande, sí,
me lo daré yo á mí mismo.
Pero deliro. No es ya
don Gutierre único dueño
de mi servicio? No está
premiado por él? No va
á engrandecerse mas? Sueño.
El valiente campeador
es don Gutierre... Lidiando
mostró su heróico valor...
Y yo quién soy? El traidor...
Imposible!... Estoy soñando.
Y tuve el atrevimiento
de creer que el Rey pensara
tan mal? Por Dios, que lo siento.
Tan bastardo pensamiento
ni al mismo Rey perdonára!
No me lo perdono á mí
mismo. Mas otros cuidados
deben ocuparme, sí:
y voy á salir de aquí
para hablar á los soldados.
Ya bajo lucientes mallas
están sedientos de gloria
los héroes de cien batallas.
Dejemos estas murallas,
mas allá está la victoria.

## ESCENA IX.

DON RODRIGO.—HERNANDO.

HERNAN. De prisa sales señor,
y está mal tanta presteza.
RODRIG. Fuera me llama el honor.
HERNAN. Tiempo tendrás. El amor.
te llama aquí de su Alteza.

RODRIG. Al fin hablarla podré!
HERNAN. Te asombra ventura tanta?
Al punto que el Rey se fué,
á doña Sancha avisé,
y viene á verte la infanta.
RODRIG. Bien, Hernando.
HERNAN. Tu escudero
soy, señor, y quiero darte
señales de que te quiero.
RODRIG. Háblame de ella.
HERNAN. Primero
quiero de otra cosa hablarte.
No faltan aquí traiciones
que tu ánimo heróico olvida.
Has tomado precauciones?
Mira que mucho te espones
á perder la honra ó la vida.
RODRIG. No abrigo ningun temor
de muerte ni de deshonra.
HERNAN. Mucho te engañas, señor.
RODRIG. A mi vida mi valor
guarda, y mi vida á mi honra.
HERNAN. Has olvidado, pardiez
al moro y al pergamino?
RODRIG. Los desprecio en mi altivez.
Salga yo al campo, y tal vez
cerrarles logre el camino.
HERNAN. No dejes de la memoria
que á una traicion bien forjada...
RODRIG. Responderá una victoria.
HERNAN. Cuenta con que alguna historia...
RODRIG. Mi mejor razon, la espada.
HERNAN. Está cobrando á buen precio
el conde su hazaña...
RODRIG. Dí.
HERNAN. Es tu enemigo y no es necio.
RODRIG. Su vil astucia desprecio.
HERNAN. La infanta. Velaré allí.
(Sale por la derecha).

## ESCENA X.

DON RODRIGO.—DOÑA SANCHA.—Una dama que la acompaña retrocede á una señal de aquella.

SANCHA. Don Rodrigo!
RODRIG. Hermosa mia,

despues de tan largo duelo
destella un hermoso dia;
y me vuelve la alegria
la clara luz de tu cielo.

SANCHA. Y tú, con divino encanto
llenas de vida mi alma,
que han atormentado tanto,
ya el torcedor del quebranto
y ya el hielo de la calma.
Rodrigo, con tu venida
cruje el damasquino acero,
que á este palacio dá vida:
y la bravura perdida
cobra á tu voz el guerrero.

RODRÍG. Y no ves, prenda adorada,
que de Rodrigo el valor
crece, y destella su espada,
al fuego de una mirada?...

SANCHA. De qué, Rodrigo?

RODRIG. De amor.
Valor pedí á la amargura
de mi cautiverio en vano;
y gemí en mazmorra oscura:
mas renació mi bravura...

SANCHA. Cuándo?

RODRIG. Al besarte la mano.

SANCHA. Mi mano á tu corazon
llevó ese aliento, ese brío,
esa gloriosa ambicion?
Conde, no tienes razon:
te burlas del amor mio.
Prestarte aliento? y temblaba
mi mano, y se estremecia
cuando la tuya tocaba;
cuando á tus labios llegaba,
cuando tu aliento sentia!
Cuando al hallarte, porque
yo te juzgaba perdido,
como una caña temblé;
y entre mis labios ahogué
yo no sé cómo un gemido!
Y mis lágrimas con arte
tuve que ocultar, por cierto,
don Rodrigo, al contemplarte;
porque iba vivo á llorarte
la que no te lloró muerto!
Ya ves cuán mal mi ternura
del héroe que en cien campañas

vistió la fuerte armadura,
pudo aumentar la bravura...
Me engañas, conde, me engañas.

RODRIG. No. Tú prestas ardimiento
al soldado que te adora.
Por tí en mi corazon siento
un desconocido aliento,
una llama abrasadora.
Para un laurel ofrecerte;
para ser digno de tí,
y merecer poseerte,
voy sin temor á la muerte
y la muerte huye de mí.
Por tí en el combate alcanza
mi bravura mas trofeos
que me ofrece la esperanza.
Por tí derriba mi lanza
en los bizarros torneos.
Pensando en los galardones
que me destinas, batallo;
y arrolla los escuadrones
de ginetes y peones
con su pecho mi caballo.
Brotando los ojos llama,
corro á la enemiga gente
porque allí tu voz me llama;
y con asombro, me aclama
la hueste toda «El valiente.»
Tú me dices, «en la tierra
no hay mas blason que la gloria.
que todo lo grande encierra,»
y eres mi grito de guerra,
y mi grito de victoria.
A mi marcial ardimiento
nunca tu nombre es estraño.
Aliento me da tu aliento...
Te repito lo que siento:
ya ves cómo no te engaño.

SANCHA. Harás al fin que te crea.
Pues mira, tienes razon.
Aunque en peligro te vea,
te digo siempre, pelea
por Castilla y por Leon.
Y aunque, cual nadie, te adoro
con un amor sobrehumano,
en tus ausencias no lloro...
quiero que te tema el moro
y que te admire el cristiano.

RODRIG. Encantadora mujer
de belleza peregrina,
oh! tú sabes comprender
que el hombre debe vencer,
porque eres una heroina.
Ya relinchan los corceles,
y con el herrado callo
hieren la tierra: laureles
me preparan los infieles.

SANCHA. Monta, Rodrigo, á caballo.
Ni un momento la partida
retardes. Al campo vuela
con tu falanje aguerrida.
Suelta al caballo la brida,
y no perdones la espuela.
De bélico ardor henchido,
vas de la victoria cierto,
y un solo favor te pido.
No vuelvas conde vencido:
ven ó vencedor ó muerto.

RODRIG. Adios. Nada temas, nada.
Voy á lidiar por mi ley!
Voy á vencer por mi amada!

## ESCENA XI.

DON RODRIGO.—DOÑA SANCHA.—DON GUTIERRE.—Algunos guardias por la derecha.—HERNANDO.—La dama de la infanta.—Un momento despues el REY por el foro.

SANCHA. Ah!

GUTIER. Don Rodrigo, la espada.

RODRIG. (Desnudando la espada con enojo).
A vos, don Gutierre?

GUTIER. Al Rey.
(Don Rodrigo entrega la espada al Rey).

SANCHA: Padre!

RODRIG. Señora, firmeza.
(Queriendo separar la infanta del Rey).

REY. Te muestras altivo? Yo
domaré tanta fiereza.

RODRIG. Abatireis mi cabeza,
pero mi constancia no.

REY. Es de un noble castellano
ese insolente heroismo?

RODRIG. Mi acero está en vuestra mano.
Respeto á mi soberano,
y me respeto á mi mismo.
REY. Quede en prisiones seguro.
(Don Rodrigo se coloca con altivez entre los guardias).

## ESCENA XII.

DON RODRIGO.—DOÑA SANCHA.—DON GUTIERRE.—EL REY. HERNANDO.—Una dama.—Guardias.—FORTUN por el foro.

FORTUN. En numeroso escuadron,
señor, el moro perjuro
está á la vista del muro.
RODRIG. Mi espada, rey de Leon!
REY. Qué pides?
El rey Alfonso aun no ha muerto
y guardará la muralla.
RODRIG. Yo les daré la batalla
y venceré en campo abierto.
Dadme una espada, señor.
Saca lágrimas ardientes
de mis ojos el furor.
REY. Fortun, cuida del traidor.
Venid al muro, valientes.

## ESCENA XIII.

DON RODRIGO, abismado.—DOÑA SANCHA.—Una dama.—FORTUN y Guardias.

RODRIG. Cobardes! cobardes! Tratan
de humillarme. La victoria
de las manos me arrebatan,
y de un solo golpe matan
mi honor, mi vida y mi gloria.
Quiero lidiar, y no hallo
ni una espada ni un overo:
y aquí á mis solas batallo.
Mi vida por un caballo!
Mi gloria por un acero!

SANCHA. Conde.
RODRIG. Señora.
SANCHA. Firmeza.
Adios. A probarles vas
tu incontrastable grandeza.
RODRIG. Abatirán mi cabeza,
pero mi valor jamás!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Salon con una gran pnerta en el fondo y dos laterales. Mesa con tapete y escribanía
Por la puerta del foro se ven otros salones.

## ESCENA PRIMERA.

DON GUTIERRE.—FORTUN.

GUTIER. Cómo está el preso?
FORTUN. Lo mismo
que ayer: enérgico, adusto:
impasible, cómo un mármol,
callado, como un difunto.
GUTIER. Has hablado con él?
FORTUN. Quise,
pero fué en valde, y presumo
que no se encuentra dispuesto
á escuchar largos discursos.
GUTIER. Te recibió con enojo?
FORTUN. Me despidió con orgullo.
Pero, hablando francamente,
aunque lo medito mucho,
el fin de nuestra tramoya,
don Gutierre, no descubro.
El rey leyó el pergamino
y escuchó al moro, que astuto,
con fingida turbacion,
mostrar sus terrores supo.
Pero tambien el monarca

quiere á don Rodrigo, y dudo
que ponga al valiente conde
en las manos del verdugo.

GUTIER. Dudas con razon, Fortun.
El rey recuerda los triunfos
del conde; cuenta las plazas
que con su brazo robusto
arrancó al moro; y tendria
un extraordinario júbilo
en verlo inocente.

FORTUN. El diablo
en vuestra cobeza puso
este proyecto. Mejor
hubiera sido que juntos,
el conde y vos, en la corte
trabajariais de consuno
en labrar vuestras fortunas,
sin ódios y sin disturbios;
él gobernando en Toledo
y vos gobernando en Búrgos.
De quién salvo al rey la vida
estais recogiendo el fruto:
pues, por gracia del demonio
debió encontrar su sepulcro
el héroe de la fazaña
donde la acabó. Ninguno
os pedirá cuenta de ella,
á no ser yo; y si me encumbro
con vuestra ayuda, jamás
os delataré, lo juro.

GUTIER. Fortun, don Rodrigo sabe,
como tú, que no me cupo
la gloria de libertar
al rey.

FORTUN. Demonio!

GUTIER. Que usurpo
este honor. Y tambien sabe
quién al rey sirvió de escudo.

FORTUN. Y qué pretendeis?

GUTIER. Pretendo,
en primer lugar, que luto
vistan los deudos del conde
por él: con afan me ocupo
en vencer la resistencia
de doña Sancha; y sí uno
mi suerte á la suya, puedo
vivir contento y seguro,
Y quiero por si no logro

intentos tan oportunos,
probar á todos que existe
ódio violento y profundo
entre el conde y yo; que si
me acusa es porque le acuso.
Ademas tengo un proyecto
muy equitativo y justo,
que prometo confiarte
á su tiempo, si á él acudo.

FORTUN. Olvidas, señor, que el rey
quiere interrogar al punto
á don Rodrigo; y que puede
pronunciar en daño tuyo
algun nombre?

GUTIER. No, Fortun.
Lo sé, y no me disimulo
el peligro; pero intento
conocerlo bien. Discurro
que el conde estará conmigo
muy enojado: y lo fundo
en que al pedirle la espada
cediendo á un violento impulso
de cólera, quiso herirme.
Pues bien, le hablaré.

FORTUN. Un insulto
juzgará vuestra visita.

GUTIER. Le evitaré ese disgusto.
El mismo conde vendrá
á verme.

FORTUN. Cómo?

GUTIER. Condúcelo
á esta cámara. No tardes,
pues no sobra tiempo.

FORTUN. Juzgo
que se negará.

GUTIER. Lo espera
el Rey. Por nada del mundo
digas que soy yo.

FORTUN. Comprendo.
Por órden del Rey lo subo
á esta cámara; y en ella
se encontrará...

GUTIER. Con el único
hombre que debe escucharlo.

FORTUN. Bien.

GUTIER. Tarda pocos minutos.

## ESCENA II.

DON GUTIERRE.

Rojas plumas, un corcel
blanco, tonelada espada
y armadura cincelada...
No cabe duda, era él.
Unicamente los dos
confundirnos de tal suerte
pudimos: pero la muerte
dónde estaba? Ira de Dios!
Mas yo, sin embargo, dudo
que sea. A Toledo ha llegado.
Ha sido preso, infamado,
y ha permanecido mudo.
Mudo... A esplicarme no acierto
su conducta. Si no fuera?
Si el otro en el campo hubiera
quedado mil veces muerto?
Entonces nadie de mí
dudára, nadie; y entonces,
escrita mi hazaña en bronces,
yo fuera el monarca aquí.
Mas si no es, por qué con tanta
obstinacion lo persigo?
Por qué? Porque don Rodrigo
será esposo de la infanta.
No puede ser, es forzoso
que llegue á ser algun dia
doña Sancha esposa mia.
Si, yo quiero ser su esposo.
Me lo dicta mi ambicion:
pues poseyendo su mano,
llegaré á ser soberano
de Castilla y de Leon.
El rey no tiene heredero
varon; y aunque á Urraca elija,
nada importa: hija por hija
lidiaré, y triunfar espero.
Mucho peso á la balanza
llevará mi poder, mucho.
Lidiaré, como ahora lucho.
No es un sueño mi esperanza.

## ESCENA III.

DON GUTIERRE.--DON RODRIGO.--FORTUN.--ALGUNOS GUARDIAS.—Fortun y los guardias se retiran al mandárselo don Gutierre.

GUTIER. Dejadnos. Deteneos vos.
(El conde hace ademan de seguir á los guardias).
RODRIG. Vine á ver al rey.
GUTIER. Conmigo
estais sin ningun testigo.
Tenemos que hablar los dos.
RODRIG. Empezad... Si es que á su Alteza
conviene que en su real nombre
hable al prisionero un hombre...
de tan probada nobleza.
GUTIER. Alguna tacha quizás
pondreis á mis ascendientes?
RODRIG. Dejad á vuestros parientes,
y hablad de vos nada mas.
GUTIER. Mi clara estirpe guerreros
ilustres cuenta por miles.
RODRIG. Pueden nacer hijos viles
de padres muy caballeros.
GUTIER. Conde!
RODRIG. Poco contarán
con la bondad de sus obras
los que recogen las sobras
de los que en la tumba están.
Los que, para la memoria
honrar de claros varones,
roban agenas acciones,
y en ellas fundan su gloria.
Los que sobre un enemigo
honrado las iras llaman
de un rey; mienten y le infaman,
y le temen...
GUTIER. Don Rodrigo?
Esa ofensa...
RODRIG. Sin razon
os presentais enojado.
Por ventura habeis robado
alguna gloriosa accion?
Faltando á la santa ley
de cristiano caballero,
habeis calumniado artero?

GUTIER. (No puede hablar con el rey).
Para honrar á esos mayores
que profana vuestra lengua,
sufro, del valor en mengua,
á villanos impostores.

RODRIG. Vive Dios!... Pero hago mal
en ofenderme. Es muy llano
que soy impostor villano
en donde vos sois leal.

GUTIER. Dudais de mi lealtad?

RODRIG. No.
La admiro con un profundo
respeto. Nadie en el mundo
la conoce como yo.
Y, pues estamos aquí,
antes que Fortun me encierre,
esplicadme, don Gutierre,
lo que el rey quiere de mí.

GUTIER. Quiere el monarca saber
por qué se acerca á Toledo
el musulman.

RODRIG. Yo no puedo
al monarca responder.
Pero, con todo, imagino
que contárselo podría
el mensagero ó espía
que os entregó el pergamino.
Y si el Rey temiese algun
dolo de ese musulman,
bien decírselo podrán
don Gutierre...

GUTIER. Yo!

RODRIG. Y Fortun.

GUTIER. Sabeis?

RODRIG. Dadle mi respuesta
á don Alonso. Cumplida
es, don Gutierre, y que pida
si no le basta con esta.
Quedais confuso y lo siento.
Mucho he dicho... no os asombre,
porque sé mas.

GUTIER. (Este hombre
debe alejarse al momento).
Fortun.

RODRIG. Acabamos?

GUTIER. Sí.

RODRIG. Me retiro... pero antes
escuchad unos instantes.

Por qué no está el Rey aquí?

GUTIER. Quiso escusarse....

RODRIG. El rubor
de ver preso ó infamado
á quien tanto tiempo á honrado
con su amistad y favor?
A quién le paga tan mal
su grande munificencia?
Ha esquivado mi presencia...
Bien hace: es muy natural.
Pero en ocasion propicia
sepa el Rey, si no le agravio,
que no pedirá mi labio
ni compasion ni justicia.
Que, triunfante ó perseguido,
ni me acobardo, ni cejo,
que en la prision no me quejo,
y que en el favor no pido.
Que, con la esperanza en Dios,
al bien y al mal me acomodo.
Contadle á su Alteza todo
cuanto hemos dicho los dos.
Acabé.

GUTIER. Fortun.

## ESCENA IV.

DON GUTIERRE.—DON RODRIGO.—FORTUN.

FORTUN. Señor.

GUTIER. (A don Rodrigo).
Os doy quien sirva y asista.
(Aparte á Fortun).
Que no le pierdas de vista.

RODRIG. Os agradezco el favor.

## ESCENA V.

DON GUTIERRE.

Mucho sabes. Hice bien,
conde, en á solas hablarte.
Oh! si pudiera matarte
tambien lo hiciera, tambien.

Es preciso recurrir
pronto al último remedio.
Me favorece el asedio,
puede escaparse y morir.
El moro á la vista está
de la ciudad indeciso:
dándole á tiempo un aviso
entre sus manos caerá.
Lo cumplo. No retrocedo.
Ningun peligro me espanta.
Mas bien puedo de la Infanta
sacar partido: bien puedo.
Sí. Tal vez su corazon
atemorizado ceje,
y porque libre lo deje...
Aquí está... resolucion.

## ESCENA VI.

DON GUTIERRE.—DOÑA SANCHA.

SANCHA. Conde don Gutierre, tengo
que decirte.
GUTIER. Merced vuestra
será, señora, el honor
que á un caballero dispensa,
y las órdenes aguarda
quien complaceros desea.
SANCHA. Ayer, dentro de palacio,
en público, á mi presencia,
pedísteis á don Rodrigo
la espada.
GUTIER. Para ponerla
en manos del Rey: el conde
rehusó, con audad soberbia
dármela, y llegó en persona
á recibirla su alteza.
Despues supimos que el moro,
con desplegadas banderas,
á la vista de Toledo
estaba; y á la defensa
de la ciudad acudimos
con decision y presteza.
SANCHA. Dejando en prision al conde,
sin permitirle que fuera
á lidiar.

GUTIER. El rey, señora,
lo mandó así en su prudencia
SANCHA. Lo sé, don Gutierre. Luego
que volvió el rey, á las puertas
de su cámara pedí
inútilmente una audiencia:
y, mis súplicas temiendo
ó adivinando mis quejas,
se olvida de su cariño
y á mi instancias se niega.
No puedo hablar á mi padre
porque esquiva mi presencia;
y he resuelto dirigirme
á quien en su nombre reina.
Qué hizo el conde don Rodrigo,
cuyas ínclitas proezas
escribieron con su sangre
las falanges agarenas,
para que en prisiones sufra
tal sinrazon, tal afrenta?
GUTIER. Señora, asi...
SANCHA. Don Gutierre,
que mi ansiedad no os sorprenda,
ni el interés que me tomo
por don Rodrigo. Mi diestra
le otorgó el rey á la faz
de los cielos y la tierra:
y quien llevará su nombre
con orgullo, con fiereza,
mirándolo perseguido,
es justo que lo defienda.
Qué ha hecho el conde?
GUTIER. Don Alonso
para sí solo reserva
los crímenes del caudillo;
y, en uso de su suprema
autoridad, dictar debe
por sí mismo la sentencia.
SANCHA. Tú nada sabes?
GUTIER. Algunos
mal intencionados cuentan,
que el conde mantuvo tratos
con los moros: que su vuelta
unida está á las traiciones
mas odiosas y mas negras.
SANCHA. Nada mas dicen?
GUTIER. Tambien
aseguran que la guerra

rompe el moro por su causa,
y que con su apoyo cuenta.
Y aun añaden que en La Sagra,
jornada en sumo funesta,
se pasó al moro.

SANCHA. Pues mienten
todos.

GUTIER. Señora.

SANCHA. Y no crean
que poco ultraje les hago,
porque una dama los reta,
pues sostendrá don Rodrigo
cuanto pronuncie mi lengua.

GUTIER. Formidable campeon
el altivo conde fuera;
pero jamás presentarse
podrá en cerrada palestra
quien, como traidor, hoy mismo
puede perder la cabeza.

SANCHA. Don Gutierre!

GUTIER. Los guerreros,
que con asombro contemplan
á los árabes cercanos
á escalar nuestras almenas,
en su indignacion profunda
dicen unos y otros piensan
que el cadáver del traidor
debe arrojarse á sus tiendas.

SANCHA. Y el Rey?

GUTIER. Señora, al buen conde
un solo remedio queda
de salvarse.

SANCHA. Cuál?

GUTIER. La fuga.

SANCHA. Guardado en prision estrecha
está.

GUTIER. La prision se rompe
con arrojo y con cautela.

SANCHA. Hablad.

GUTIER. El medio diria
si á proponer me atreviera...

SANCHA. Conde, atreveos á todo.

GUTIER. Pero...

SANCHA. Habladme con franqueza.

GUTIER. Pues su vida está en mi mano...
He dicho mal, en la vuestra.
Adoro á la infanta.

SANCHA. Conde!

GUTIER. Si que lo salve me ordena,
lo salvaré: pero esposa
hoy he de llamarla.
SANCHA. Cesa.
GUTIER. Por vuestra mano su vida...
Espero vuestra respuesta.
SANCHA. Jamás! vuestra esposa? Nunca!
GUTIER. Será preciso que muera;
Pero no olvide la infanta
que ella misma lo condena.
SANCHA. Salvar su cuello matando
su corazon? Jamás!
GUTIER. Queda
abandonado el proyecto.
SANCHA. (Vá á morir... Pero qué idea.
Los deudos de don Rodrigo
permanecen á las puertas
de la ciudad, y arrogantes
su bélico ardor ostentan).
La infanta dará su mano
á don Gutierre. Resuelta
está; pero necesita
que un plazo se le conceda.
GUTIER. Qué plazo?
SANCHA. Tres horas.
GUTIER. Y
no faltará á su promesa?
SANCHA. La infanta cumple fielmente
toda palabra que empeña.
Mas con una condicion.
GUTIER. Señora, anhelo saberla.
SANCHA. Ahora mismo don Rodrigo
saldrá de Toledo.
GUTIER. Sea.
SANCHA. Y si, antes que las tres horas
pasen, vuelve y se presenta
al rey, y el rey lo recibe
sin enojo ni sospecha
la infanta podrá entregarle,
sin ser perjura su diestra.
GUTIER. Es dura la condicion.
SANCHA. Don Gutierre la desecha?
GUTIER. Señora...
SANCHA. Espera la infanta
su resolucion.
GUTIER. Acepta.
(Ya cuidará don Gutierre
de que el buen conde no vuelva).

SANCHA. (La muerte será mi amparo
si el conde á tiempo no llega).
Quién sacará á don Rodrigo
de Toledo?
GUTIER. Quien merezca
vuestra entera confianza.
SANCHA. Hernando.
GUTIER. Pero su vuelta
será pronta?
SANCHA. Desde el foso.
GUTIER. Aquí, de mi puño y letra,
voy á escribir á Fortun
que le haga del conde entrega.
(Escribe).
SANCHA. (Favorece Dios benigno,
con tus auxilios mi empresa).
GUTIER. Tomad, señora, y en breve
estará aqui Hernando. Os ruega
don Gutierre, que le deis
autoridad y licencia
para llevar al monarca
la consoladora nueva
de cómo la infanta hermosa
al mas fiel vasallo premia.
SANCHA. Marchad.
GUTIER. (A Fortun diré
que un solo instante no pierda).

## ESCENA VII.

DOÑA SANCHA.—Un momento despues HERNANDO.

SANCHA. Don Gutierre. Espero en vano.
Y si no puede venir
vencedor, qué haré?... morir
antes de darle mi mano,
No viene Hernando... Ya tarda.
HERNAN. Señora.
SANCHA. Buen paje, corre,
sin detenerte á la torre,
do está don Rodrigo... Aguarda.
(Hace ademan de irse Hernando).
HERNAN. Peligra su vida?
SANCHA. No:
todo lo contrario: debe

encontrarse muy en breve
libre.

HERNAN. Quién lo salva?

SANCHA. Yo.
Entrega este pergamino
(Dándoselo).
á Fortun. El, sin demora
te conducirá...

HERNAN. Señora...

SANCHA. Hasta el conde; y el camino
franco encontrarás despues
para llegar sin trabajo
á las márgenes del Tajo.
Encubierto con su arnés
debe salir don Rodrigo.

HERNAN. Pero Fortun...

SANCHA. Cumplirá
esas órdenes. Está
de acuerdo en todo conmigo.

HERNAN. Y si el conde no quisiera
dejar su prision?

SANCHA. Hernando,
dile que yo se lo mando.

HERNAN. Lo haré, gran señora.

SANCHA. Espera.
Di al conde, que al pié del muro,
en tren de batalla están
sus deudos, que le darán
socorro pronto y seguro.
Dile que, enristre la lanza,
con tan bravos campeones
y en los moros escuadrones
haga sangrienta matanza.
Dile que para vencer
tres horas tiene no mas:
que, sino vence, jamás
á la infanta podrá ver.
Que de su bravura espero
mucho en trance tan horrible:
que debe hacer lo imposible
porque yo, Hernando, lo quiero.
Háblale de mis afanes,
de mi ansiedad y mi luto...
Que no pierda ni un minuto.
Que venza á los musulmanes.
Pues otro medio no hallo
para salvar al guerrero
su gloria con un acero,

su vida con un caballo.

HERNAN. Vencer ó morir, por mí
y por él, señora, juro.

SANCHA. Tú no: en cuanto salve el muro
vuelve á decírmelo aquí.

HERNAN. Señora...

SANCHA. Yo te lo ruego.

HERNAN. Y hé de dejarlo?

SANCHA. Vacilas?
Mira que arde en mis pupilas
una lágrima de fuego.

HERNAN. Volveré: sí.

SANCHA. El mis enojos
comprenderá, mi quebranto,
cuando le digas que el llanto
pretende inundar mis ojos.

## ESCENA VIII.

DOÑA SANCHA.

Adios, Hernando. Se fué.
Ay! acúdeme, Dios mio.
Tú, que me das tanto brío:
tú, que me das tanta fé.
Tú, señor omnipotente,
que, en tu omnipotencia, has dado
á un cuerpo tan delicado
un ánimo tan valiente.
A la batalla con él
tu irás: anima su diestra:
Eres poderoso; muestra
ora tu enojo al infiel.
Débate en tanta afliccion
otra vez fuerza y consuelo.
Reanima mi ardiente celo:
alienta mi corazon.

## ESCENA IX.

DOÑA SANCHA.—DON GUTIERRE.

GUTIER. Señora.

SANCHA. Lejos el conde
está?

GUTIER. Fortun prevenido
queda. Si Hernando ha cumplido
su deber, estará...
SANCHA. En dónde?
GUTIER. A las puertas de Toledo.
Y á reclamar la promesa
he venido.
SANCHA. Con la expresa
condicion que puse.
GUTIER. Puedo,
por ventura, retirar
lo que una vez ofrecí?
cumplido el plazo, de aquí
pasaremos al altar.
SANCHA. Sabe mi padre?
GUTIER. Contento
escuchó la feliz nueva;
pues mucho aplaude y aprueba
tan fausto acontecimiento.
Y pronto la corte toda,
siguiendo el mandato real,
aquí el cortejo nupcial
formará de nuestra boda.
Porque el monarca desea
ver á Doña Sancha unida
con quien le salvó la vida
en la sangrienta pelea.
Señora, lo digo así,
porque sus palabras fueron,
que alborozadas oyeron
cuantos estaban allí.
Yo, viendo tal eficacia,
comprendí que á don Rodrigo
no le queda un solo amigo.
SANCHA. Quién los tiene en la desgracia?
Para qué quieren la palma
los altivos ricos-hombres
de dar grandeza á sus nombres
con la nobleza del alma?
Todos los que os aplaudian,
sepultando en el olvido
á quien miran oprimido,
poderoso le temian.
Y los que muestras os dan
de amistad, pérfida y vana,
si os ven en tierra mañana
cobardes os pisarán.
Y no podreis decir, no,

lo que el conde don Rodrigo,
pues queda al conde un amigo,
Hernando; una amante, yo.

GUTIER. Señora...

SANCHA. Me corresponde
dar de lealtad esta muestra.
Los cielos os guarden conde.

GUTIER. Me anima la confianza
de que lo sereis.

SANCHA. Yo puedo
tener fé.

GUTIER. Con ella quedo.

SANCHA. Yo me voy con mi esperanza.

## ESCENA X.

DON GUTIERRE.

Me deja. Orgullosa va
con una esperanza necia.
Hoy me insulta y me desprecia,
mañana me temerá.
No debo irritarla aun.
De mi proyecto avisado,
ya habrá el moro ejecutado
cuanto previne á Fortun.
Y con diligencia tanta
partir lo ví, á rienda suelta,
que bien puede estar de vuelta,
pese á la orgullosa infanta.
Bien vas, Gutierre, adelante.
Todo tu ingenioso ardiz
lo apresta para la lid,
No pierdas un solo instante.
(Va á salir y lo detiene el rey).

## ESCENA XI.

DON GUTIERRE.—EL REY.

REY. Conde, de los muros vengo,
y hemos visto con asombro,
á los deudos y parciales
de don Rodrigo los fosos

dejar de improviso; y marchan
hácia el campamento moro.

GUTIER. (Ya la esperanza adivino
de doña Sancha). Van todos?

REY. Si? ¿Qué opinas?

GUTIER. Gran señor,
quedo confuso y absorto.
Y vuestra Alteza?

REY. Yo creo
que, descubiertos y rotos
viendo los traidores planes
de su gefe, presurosos
corren á pedir auxilio
á los árabes; y locos
quizás pretendan volver
sobre esta ciudad empório
de mi poder, para hundir
entre sus ruinas mi trono.
Mas vive Dios! que se olvidan
del rey de Castilla Alonso.
Vive Dios! que, si provocan
insensatos mis enojos,
me verán sobre los muros
altivo, indefenso, y solo
con un verdugo; y en ellos
cortarán, ante sus ojos,
la cabeza á don Rodrigo
y les arrojaré el tronco.

GUTIER. Cálmate, señor: á tanto
no los llevará su encono.
Saben que Toledo encierra
defensores animosos,
dispuestos á sepultarse
bajo sangrientos escombros.
Nunca, señor, los traidores
se distinguen por su arrojo,
y mas que el furor del tigre
tienen la astucia del lobo.
Quizás, para adormecerte,
pretenden hacer mañosos
un alarde de batalla
convenido entre unos y otros;
para despues á las puertas
presentarse victoriosos
trayendo, si es necesario,
muchos y ricos despojos.
Y cuando dentro del muro
se encuentren, y al pié del sólio,

tirando el torpe disfraz
y cubriéndose de oprobio,
en la sangre de los buenos
verás sus aceros rojos.

REY. Capaces son. Mas sus tramas,
esos intentos diabólicos
no conseguirán. Ninguno
hasta el palacio en que moro
se acercará; y ay! de aquel
que vague del muro en torno.

GUTIER. Tan prudente en el consejo
como en el campo brioso
eres.

REY. Oh! ya verán, conde,
qué bien sus planes trastorno.
Muy en breve don Rodrigo
aquí vendrá, y con asombro
el cáliz de su ignominia
apurará sorbo á sorbo.

GUTIER. Déjalo, señor, que sufra
en su estrecho calabozo,
y no el peso de tus iras
descargues sobre sus hombros.

REY. Pides por él?

GUTIER. Gran señor,
es tu enemigo, y le ódio.

REY. Aquí lo traerá Fortun,
que así lo ordené, y al rostro
le arrojaré sus traiciones.

GUTIER. Has visto á Fortun?

REY. Sí.

GUTIER. (Pronto
dió la vuelta). Cumplirá
tus órdenes, lo conozco.
Nadie en valor le aventaja,
y de su lealtad respondo.

REY. Es digno de tí.

## ESCENA XII.

DON GUTIERRE.—EL REY.—FORTUN.

FORTUN. Señor,
á tus reales piés me postro,
y con mi frente en la tierra
tu perdon humilde imploro.

REY. Don Rodrigo?...
FORTUN. En su prision
no está.
REY. Nó? No te perdono.
Te has vendido, miserable!
á la seduccion, al oro.
Mas te juro, por mi nombre
que no disfrutarás, mónstruo!
ni un minuto del traidor
los ofrecidos tesoros.
Morirás.

## ESCENA XIII.

DON GUTIERRE.—EL REY.—FORTUN.—DOÑA SANCHA.

SANCHA. Es inocente.
En mí descarga tu ira.
Yo lo he salvado.
REY. Mentira!
SANCHA. Vuestra sangre nunca miente.
REY. Mi sangre no puede ser
quien contra mi mandamiento...
SANCHA. Os quita un remordimiento,
y cumple con su deber.
REY. Doña Sancha!
SANCHA. Vuestro error
mi casta aficion os muestra.
Le amára la sangre vuestra
si fuera el conde traidor?
GUTIER. Señora, de vos reclamo
ahora la jurada fé.
SANCHA. Que vuestra esposa seré
he dicho, mas no que os amo.

## ESCENA XIV.

DON GUTIERRE.—EL REY.—FORTUN.—DOÑA SANCHA.—HERNANDO.—Prelados, Ricos-hombres, Damas, Caballeros, Pajes, Guardias.

HERNAN. Gran señor...
SANCHA. Hernando!
HERNAN. Dia
es este de honor y gloria.

Nuestra es, señor, la victoria,
y huye la morisma impía.
Yo, del combate testigo,
sé que el castellano alcanza
la victoria...

SANCHA. Mi esperanza.

GUTIER. Aun no ha vuelto don Rodrigo.

HERNAN. No hay quien de los vencedores
la veloz carrera ataje.

REY. Quién ha permitido al paje
hablar ante nos? Señores,
haciéndole merced cuanta
puede hacer un soberano,
á don Gutierre la mano
doy de mi querida infanta.
Le doy cuanto darle puedo.
Tomad ante mí, ante Dios,
el juramento á los dos,
arzobispo de Toledo.
(El arzobispo se dirige hácia doña Sancha).

GUTIER. Fueron livianas quimeras
las esperanzas.

SANCHA. No es hora.

GUTIER. Pero...

## ESCENA XV.

DICHOS.—DON RODRIGO sin espada, con lanza y con un haz de banderas musulmanas, que arroja á los piés de la infanta. Despues se retira con la frente altiva, y queda solo en medio de la escena.

RODRIG. Recibe, señora,
las musulmanas banderas.
Pocas son, pero ganadas
en campo abierto. Despues
darán alfombra á tus piés
mil turbantes, mil espadas,
que al árabe no arrancaron
vasallos de reales feudos.
Mis deudos solo, mis deudos
para vos se las quitaron.
Por vos, sedientos de gloria,
dejaron esta muralla.
Fué su grito de batalla
«doña Sancha y la victoria.»

SANCHA. Les agradezco su afan.

y su victorioso grito.
Estas banderas admito
y la gloria que me dan.
Conde, dobla la rodilla.
Bien has batallado hoy.
Mi roja banda te doy
yo, la infanta de Castilla.

REY. Yo, de Castilla y Leon
Rey, príncipe soberano,
te llamo, conde, villano,
y te acuso de traicion.

RODRIG. Rey don Alonso!

REY. Cobarde.

RODRIG. Ira de Dios!

REY. Sí, su ira
caerá sobre tí. Es mentira
ese belicoso alarde.
Con el moro convenido,
para engañarme mejor,
ante los muros, traidor,
ese combate has fingido.
Mas te equivocas: muy bien
conozco todas las tramas
conque te pierdes é infamas,
y su castigo tambien.
Arrodillado verás
con cuanta sumision, cuanta,
su mano entrega la infanta
á don Gutierre.

RODRIG. Jamás!

REY. Al punto, yo te lo fio,
ha de quedar mi hija unida
á quien me salvó la vida.

RODRIG. Dame paciencia, Dios mio.

REY. A quien valeroso y fiel,
en la sangrienta jornada
su cuerpo puso y su espada
entre el moro y yo.

RODRIG. Fué él?

REY. Sí. Modelo de hidalguia
fué: el monarca lo asegura:
y bien probó su bravura
mientras don Rodrigo huia.

RODRIG. Yo? nunca! Huyó diligente
el rey, porque su caballo
le dió un valiente vasallo;
quedándose allí el valiente.
Que para ser conocido

si dudaban de su ley,
un ancho giron al rey
arrancó de su vestido.
Y hoy, para eterno baldon
de quien á Rodrigo llama
traidor, vuelve por su fama
este sangriento giron.
(Arrojando el giron á los pies del Rey).

SANCHA. Ah!

GUTIER. Confúndame el abismo.

REY. Equivocacion funesta!
Es el de mi sobrevesta!
Tú eres el guerrero!

RODRIG. El mismo.

REY. A quien mi vida defiende
y, su libertad perdiendo,
me deja libre, yo ofendo.
Perdóname.

RODRIG. El rey no ofende.

REY. Por qué en silencio cruel,
hazaña de tal valor
guardaste?

RODRIG. Cuenta el favor
quien pide premio por él.
Lo que gano cuando lucho
no lo cuento á mi coraza...
Es tradicion de mi raza
hablar poco y hacer mucho!
Gran violencia me ha costado
publicar este secreto,
yo debí ser mas discreto
sí; y estoy avergonzado.
(A don Gutierre).
Vos teneis la culpa: vos.
Os cedí bienes y fama,
pero cederos mi dama
era mucho, vive Dios!

REY. Conde, humillado en mi trono
me ves. Ya quedas vengado.
pero el castigo al malvado...

RODRIG. Lo impondré yo... Lo perdono,

REY. Don Rodrigo...

RODRIG. No ha de ser
otro. Este en suerte le cabe;
que siempre perdonar sabe
quien ha sabido vencer.
(Aparte á don Gutierre).
(Don Gutierre, aquí muy mal

estais. Con vuestros tesoros
idos á tierra de moros,
pues no sabeis ser leal).

## ESCENA XVI.

DICHOS, menos DON GUTIERRE Y FORTUN.

REY. Despues de ingratitud tanta,
y de tan injusta ofensa,
qué exigís por recompensa?
RODRIG. Nada, señor.
REY. Y la infanta?
RODRIG. La infanta es mi esposa. Ya
me concedistis su mano;
y no falta un soberano
á la palabra que dá.
REY. Y ciudades?
RODRIG. Para qué.
Con anchos fosos y almenas
las tiene el moro muy buenas:
al moro las pediré.
REY. Quieres oro, honores? Dí,
lo que mas codicies.
RODRIG. Nada.
Si, don Alonso: la espada
que me quitaron aquí
REY. La tendrás
RODRIG. Pido mi acero;
porque en traje tan marcial
vive Dios!..que estará mal
sin espada un caballero.
(Traen la espada que la ciñe doña Sancha).
REY. Si te quitó el soberano
(Desciñéndose la espada el Rey).
una espada contra ley,
hoy arrepentido el rey
su espada pone en tu mano.
RODRIG. (Rehusando).
Señor...
REY. En contra no escucho,
ni súplicas, ni razones.
Asi sirvo á los varones
que hablan poco y hacen mucho.
(Toma doña Sancha la espada del rey).
SANCHA. En tu diestra mas temida

será la cortante espada,
por un gran rey presentada,
por una dama ceñida!
(Ciñendo la espada á Don Rodrigo.)

RODRIG. Gran rey, señora; consiento
este honor, no lo rechazo:
pero mi espada y mi brazo
dirán mi agradecimiento.
Y el noble ardor que me inflama
probar espero á los dos,
combatiendo por mi Dios,
por mi rey y por mi dama.

REY. Bien.

RODRIG. Ya que un giron ha sido
prenda de honor y de gloria,
para perpétua memoria,
GIRON será mi apellido.

REY. A ese apellido decoro,
en campo rojo grabado,
dará un caballo enfrenado
con tres girones de oro.

RODRIG. No pretendo mas blason.
Publicará mis acciones
en mi escudo tres girones,
en mi apellido un GIRON.

FIN DEL DRAMA.

Junta de censura de los Teatros del Reino.

*Madrid 14 de Diciembre de 1850.*

Aprobada y devuélvase

*Rafael Perez Vento.*

Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le da hijos...!
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna
El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La estudiantina ó El diablo de Salamanca.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los primos.
El bandido incógnito ó La Caverna invisible.
Quien bien te quiere te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó El Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los pies de V. señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst... Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buena insula me dan.
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la córte á pretender.
Treinta dias despues, 2.ª parte de *El corazon de un bandido.*
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las abispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil...

El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Cenar á tambor batiente.
Las jerobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gázquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero ó Una aventura de Luis Candelas.
¡Estrupicios del amor!
Mi media naranja.
Un ente singular.
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor
¡Un bofeton!...y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer
La casa deshabitada.
Cuerpo y sombra ó Dos y uno.
Un angel tutelar.
El turron de Noche buena.
Un contrabando.
El Retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

## ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó El secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya!
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de S. Lorenzo
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

## ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde se servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

3 0112 117453875